

El espejo siempre muestra una historia sin principio. Nos convencemos de estar mirando a la misma persona de hace quince años, de que lo único que nos separa de esa mirada sin reflejo es la barrera infranqueable de la memoria. Nos convencemos de que contar los días puede enseñarnos algo nuevo acerca de cómo hemos vivido, acerca de cómo podemos llegar a hacer nuestra, nuestra vida.

Este es, sin duda el precio que has de pagar. Este silencio. Esta inquietud (allí está la vida, ve a por ella), la memoria y el dolor de estar viviendo inexorablemente este punto de la historia, concepto abstracto, inasumible en el antes y el después, incalculable por ningún cronómetro. Los meses y los años no pasan, ni siquiera los días: apenas se nombran. Se nombran, y una vez tirada la palabra en el seno abierto del aire, ya no están. Un mes después, tres siglos, un segundo, te hallas aquí, en el mismo sitio, sentado, en silencio.

A la derecha encuentras ese patio oscuro. Nunca se sabe si son las nueve de la noche o las tres de la madrugada: nadie podría decir siquiera que fuera de él quede aún algo de vida. Es como si alguien estuviese gritando tan fuerte como para estrangular el borboteo apagado del mundo.

Nadie grita, sin embargo. Nos decimos a veces, tal vez Dios. Aquí, tras este instante de mil años, ¿qué ha pasado? Nada de lo que fuimos importa lo más mínimo: de pronto desaparece todo rastro, toda memoria, y pensamos: en un mismo gesto el instante nace y muere, se deshace y culmina, nos llama y agoniza, se vive a sí mismo y se contempla, muriéndose en una lentitud que no espera, en una calma que ha desaparecido antes de llegar, y lo demás es silencio, ese grito.

Después de esto sólo queda flanquear la última puerta para tratar de adivinar la historia que se nos avecina y ese será nuestro único momento, gloria y condena de este mundo, de tal vez todos los mundos.

Fernando López Rodríguez.